LA PAZ Y LA TOLERANCIA COMO SEÑAL DEL PROGRESO EN LA HISTORIA

Liliana FORT*

INTRODUCCIÓN

Don Quijote murió convencido de que los caballeros andantes nunca habían existido. Ya nadie se identificaba con los demás a través de la gran hazaña de controlar su propio instinto y de cumplir con su palabra. Sólo así se podía vivir en un mundo significativo, en donde se comprendía a los demás como seres para defenderse por los caballeros. Él estaba dedicado a defender a las mujeres, a los niños y, en general, a cualquier pobre y sufriente. Su lenguaje daba lugar a un escenario de oro, mundo ideal en donde se hacía la justicia distributiva y conmutativa, dando a cada quien lo suyo y lo que le convenía. Allí nadie se molestaba. Las mujeres eran libres y, señeras, podían andar solas por todos lados. La tierra, aún no era asunto de los intereses personales, sino que era de todos. La subjetividad de don Quijote se identificaba con los demás mediante sus sentimientos.

Sin embargo, la mayoría no son caballeros, forman mundos estructurados de acuerdo a sus deseos personales. Ellos se identificaban con los demás según el dominio que pueden establecer sobre ellos mediante la aplicación de sanciones. La Ley es un término vacío para los hablantes, pues deben mirar las cosas como lo hace el poder y obedecer sus normas. Se convierte en insignificante, porque no hay reconocimiento de la existencia en la manera de nombrarlos.

Dice algún filósofo que lo más importante de los discursos es aquello que no se dice. Hoy me aventuraré a nombrar esto: su estructuración. Como en el lenguaje se instauran juegos o contextos en donde las personas actúan, procedo a enunciarlos, con la finalidad de diferenciar los ambientes y evaluarlos conforme produzcan progreso social. La tolerancia y la paz son la seña de este estado y lo que busco.

* Profesora de tiempo completo de la UAM

Kant, en su proyecto moderno nos alerta acerca de estas diferencias subjetivas. Puesto que esto ha sido poco visto, hoy deseo poner de manifiesto el papel de la elocuencia y la acción social en su razonamiento.

EL RAZONAMIENTO QUE CONDUCE AL PROGRESO

Kant habla del artificio con el que la gente engaña a los demás y se engaña a sí misma, con la finalidad de hacemos conscientes del juego del lenguaje de la historia en donde la gente se libera. Él, como nosotros, quiere remover los obstáculos que se oponen a la paz perpetua y que comúnmente no miramos. Para lograr dilucidar la situación, hace el contraste entre dos maneras que la gente tiene de identificarse entre sí, que nos delinea a través de la caracterización de lo que es un político moralista y un moralista político, a través de su actitud subjetiva frente a la legislación de normas universales.

Para entender la diferencia entre éstas dos identidades, será necesario exponer el método de conocimiento normativo, para tener un criterio de comparación entre ellas.

LA LEY MORAL Y JURÍDICA

Sabemos que Kant privilegia el principio formal sobre el principio material. El imperativo categórico dice: "Obra como si la máxima de tu acción debiera tomarse, por tu voluntad, ley universal de la naturaleza".¹ Kant supuso en el hombre una buena voluntad que no determina su conducta por sus inclinaciones sino por la forma universal de la ley. Tiene que ser determinada por este principio formal, puesto que todo principio material le ha sido sustraído.² Externamente observamos que muchas acciones se dan conforme al deber, sin embargo lo que les da su valor moral, depende de que se haya realizado por respeto a la universalidad de la norma. Ciertamente es difícil llegar a establecer las motivaciones de cada cual para conferir o no, valor moral a las acciones de las personas.

Es necesario hacer notar que el concepto de deber no deriva de la experiencia del mundo. No porque se haya instaurado alguna costumbre y tradición, para Kant es obligatoria. Más bien va en contra de muchas de ellas, en tanto consideró que podrían ser dogmáticas y oscurantistas, y se

¹ KANT, Emanuel, *La Fundamentación de la Metafísica de las costumbres*, Editorial Porrúa, México 2000, p. 40.

² KANT, Emanuel. *Op. cit.* p. 25.

pronuncia por la posibilidad de sustanciar las normas a partir de la razón compartida por los hablantes. De esa manera afirma que existe un deber universal que ordena lo que debe suceder que prescribe ser leal en las relaciones de amistad y que es válida aunque en el mundo de la experiencia no pudiéramos señalar una sola pareja de amigos. Señala que el respeto a la forma universal tiene vigencia "no sólo bajo condiciones contingentes y con excepciones, sino por modo absolutamente necesario"³ Inferimos que la moral no se deduce de los ejemplos sino de los ideales compartidos entre los hombres, aunque se reconoce la posibilidad de plantear casos anómalos. La universalidad formal es un criterio de conocimiento moral y también jurídica. Kant piensa que en el estado de naturaleza ya había algunas sociedades, como la matrimonial, fraternal, etc. Es decir ya había derecho privado. Este se transforma en derecho civil cuando comienza a pensar en proteger "lo tuyo y lo mío", por lo que se hace necesario una legislación exterior y pública.⁴

El derecho, a diferencia de la moral que es interna, es susceptible de una legislación exterior. Sin embargo, las normas jurídicas que se caracterizan por ser coactivas, porque controlan el arbitrio y no la libertad subjetiva, como hace la moral. Sin embargo, el derecho se coloca en el tenor del progreso puesto que su validez deriva de un mandato moral universal y presuponen necesariamente este estado civil. Es decir la justicia distributiva u objetiva presupone la justicia conmutativa o subjetiva. La validez del derecho, al igual que la moral procede de la universalidad formal que surge del contrato social. Además el conocimiento jurídico ordena a la sociedad a través del concepto de propiedad.

LA IDENTIDAD IMAGINARIA

Don Quijote se identificó con todos los hombres a través de un Dios como proyecto humano. Aquél que lo impulsaba al control de sí mismo y que le permitía cumplir con su palabra. Aquél mito en donde se sabía que era posible que un caballero venciese a muchos ejércitos, en una batalla, porque era valiente y no que se negaba usando los criterios de la realidad física. En la modernidad en general no se miran las virtudes subjetivas como la valentía y la fortaleza que conducen al reconocimiento y la fama. Esta forma de pensamiento que comenzó a declinar en el Humanismo renacentista fue dejada de lado a partir de la ilustración, aunque no Kant, que sí nos habla de las virtudes. El filósofo, cuando trata de superar el dogmatismo eclesiástico, no niega a Dios, pero trata

³ KANT, Emanuel. *Op. cit.* p. 31.

⁴ KANT, Emanuel, *Los principios metafísicos del Derecho*, UNAM, México 1968. p. 47.

a este concepto como una imagen de identidad entre los hombres, más que como un ser metafísico. Por eso el concepto de Dios puede ser el bien supremo que tornándose en la idea de perfección moral enlaza las voluntades libres. Se trataba de resolver el problema de motivar el cumplimiento de las normas, determinando tanto la libertad interna como externa o arbitrio. Criticando a la metafísica eclesiástica, afirmó el filósofo que era ilegítimo fundar una metafísica y luego hacerla popular, puesto que esa metafísica representaba a un Dios según los intereses de quien lo construye. En cambio, Kant nos habla de la metafísica como un *desideratum*,⁵ en donde la imagen fantástica de Dios está hecha según los criterios que las personas comparten más inclusivamente: la existencia que cada uno se representa como fin en sí misma y que lo puede ser sólo si uno se identifica con los demás según los criterios quijotesco: control de sí mismo y consecuente cumplimiento de la palabra. Kant se refiere a un imaginario social auténtico en tanto brota de criterios más compartidos y este entendimiento lo hemos de diferenciar de sus opiniones religiosas. Nuestro motivo es destacar la subjetividad presupuesta por su sistema que aún hoy es necesitada y buscada. Buena voluntad la llama él. Para ella es bueno lo bueno, lo que determina la voluntad en forma objetiva: la representación de la universalidad de la ley, y en forma subjetiva la representación de nuestra existencia como fin en sí misma. Ese es el problema principal para lograr una constitución universal de derechos civiles totalmente justa.

Pero si el imperativo categórico no se refiere a la materia de la acción y a lo que de ésta ha de suceder, sino a la forma y al principio según el cual sucede, se infiere que es una forma vacía que no puede ser llenada mediante ejemplos. Para control del razonamiento, el filósofo se propone hacer una exposición pura de estos principios, sin mezclarlos con la antropología o idea de humanidad que se tenga a través de la historia. Aclara que es necesario exponer previamente la concepción de hombre, dado que la moral la necesita para su aplicación.

Considerando que sería absurda una ley que no se pudiera actuar puesto que el concepto de deber se vendría abajo por sí mismo, dado que nadie está obligado a lo imposible; es necesario reflexionar sobre el concepto de persona que se está sustentando. Como Kant se dispuso salvar la posible disputa entre la práctica y la teoría, o sea entre la política y la moral (con lo cual se está refiriendo también al derecho, porque la moral es la teoría de la doctrina jurídica), hace una distinción entre dos tipos de subjetividades, a través de los cuales se puede estructurar el discurso. Kant criticó a esos sujetos que piensan que “nadie querrá poner

⁵ KANT, Emanuel, *La fundamentación...*, p. 32.

los medios precisos para conseguir el propósito de la paz perpetua”, porque profundizan la brecha entre teoría y práctica y, con su discurso, no resuelven el problema de la unidad colectiva de la voluntad.

Él no confió en que la conciencia moral de un legislador sea capaz de instituir una constitución jurídica conforme a la voluntad común. Como observó que quien tiene el poder no se deja imponer leyes por el pueblo, notó que los planes para instituir un derecho político, de gentes o de ciudadanía mundial se pueden evaporar. No negó el valor de la experiencia para sustanciar leyes, pero partió más bien de la pretensión de universalidad, para mirar los hechos significativos y no reducirse a estrategias de manipulación. Para superar estas ambigüedades recurrió a delinear lo que es un moralista político y un político moralista.

EL PROBLEMA DE LAS SUBJETIVIDADES:
EL POLÍTICO MORALISTA Y EL MORALISTA POLÍTICO

En la “Paz Perpetua” afirmó que le era posible concebir un político moral como aquel que considera los principios de la prudencia política como compatibles con la moral; pero no concibe uno que se forje una moral *ad hoc*, una moral favorable a las conveniencias del hombre de Estado.⁶

Él notó que el moralista político comienza donde el político moral termina. El moralista político subordina los principios al fin que se propone, por lo tanto no respeta la forma universal de la ley sino que le da un contenido. Con ello pone al buey atrás de la carreta, por eso fracasa en conciliar la moral con la política.⁷ En cambio el político moralista atiende a la manifestación de las excepciones en la sustanciación de los principios que, por formales, están vacíos.

El juego del moralista político se reduce a un mero problema técnico de dominar a los otros, argumentando que él conoce los contenidos universales y de esa manera los hablantes están excluidos de su determinación. Él tiene un concepto de persona en donde ésta es controlable. En cambio, el político moralista se plantea un problema moral en tanto busca el reconocimiento inclusivo en la palabra, más que la afirmación de sus propios intereses. Éste tiene una noción de la persona como un semejante en su existencia. El moralista político instaaura un juego lingüístico en donde los demás son subsumidos a su deseo, cuando postula el contenido universal del imperativo categórico en una manera abs-

⁶ KANT, Emanuel, *La paz perpetua*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan Cuantos...”, México 2000, p. 237.

⁷ KANT, Emanuel, *Op. cit.* p. 240

tracta. De esta manera los identifica con su inclinación. El político moralista instauro un juego lingüístico en donde se identifica a partir del control de las pasiones, de tal manera que es posible mirar los motivos subjetivos de las personas en la elaboración de la universalidad.

La posibilidad de defender la dignidad personal, es planteada por Kant en el razonamiento moral, como un motivo subjetivo de obediencia. Notó que todo ser racional se representa a su propia existencia como un fin en sí misma,⁸ hecho que nos habla de la necesidad de comprender la situación de la existencia de cada hablante. Si no hay esta comprensión y en cambio hay imposición mediante la afirmación de universalidad abstracta, la decisión se abre el riesgo de la inconformidad y la violencia. Es por ello que este motivo subjetivo, que es diferente a los resortes de la inclinación, Kant lo asimiló a la validez objetiva de las normas morales dada por su universalidad.

Siguiendo el análisis de la estructura lingüística instaurada por nuestros personajes, decimos que el político moralista instauro un juego social al incluir la consideración de la existencia de las personas en la determinación del sentido de los principios; por tanto aquí se propicia una tolerancia fuerte, porque esto fluye de la educación de las pasiones que el mismo legislador comienza; se da una identificación a través de la existencia civilizada. En cambio el moralista político, al pretender alcanzar su propio deseo estructura un juego en donde subsume a los demás y los normaliza a esa realidad.

Como el político moralista desea ir a ese lugar en donde todos son iguales y se identifican para fijar los contenidos de las normas, podemos asimilarlo a la subjetividad quijotesca, en donde la meta es la Edad de Oro como eterno lugar del lenguaje donde el respeto y la dignidad son siempre posibles. Al contrario, el moralista político desea instaurar su propia inclinación, establece relaciones con cada sujeto de dominación y los individualiza. La tolerancia que se da en este ambiente es débil, puesto que es la simple coexistencia de los subordinados entre sí, sin comprensión de la dignidad de la existencia.

Para demostrar la sinrazón del moralista político que busca en el mundo empírico técnicas de dominación, el filósofo argumenta que es imposible conocer toda la serie de causas que se tienen que manipular para alcanzar los deseos personales. En cambio como el político moralista se propone encontrar la unidad colectiva de la voluntad general, no tiene que ir a los elementos empíricos, sino comprenderlos. Como "hace falta que todos juntos quieran ese estado, para que se instituya una unidad total de la sociedad civil",⁹ mira el imperativo categórico vacío, de

⁸ KANT, Emanuel, *La metafísica...*, p. 42.

⁹ KANT, Emanuel, *La paz perpetua*, p. 237.